

CALLE MAYOR

En la ciudad

nº 1-marzo 2026





Ateneo de Palencia

C/ Don Sancho nº 3
Teléfono: 660 08 58 28



<https://ateneodepalencia.com/>



@ateneodepalencia



@ATENEODEPALENCIA



@AteneoPalencia



@ateneodepalencia1015

Edita: Ateneo de Palencia.

Revisión y dirección: Sergio Zamora

Diseño y Maquetación: Deunpalo Cultura y Patrimonio.

Imágenes: Deunpalo Cultura y Patrimonio.

Colaboradores: Enrique Gómez Crespo, Constantino Molina, Fco. Javier Rodríguez del Burgo, Vicente Gallardo, Águeda de la Pisa, Fco. Javier de la Cruz Macho, Suso Pol, Jesús Quijano González, Ángela Argüeso, Jose María Fernández Nieto.

Fundado en 1876 por Becerro de Bengoa. Refundado en 2016.

Índice

UMBRAL.....	3
PALENCIA EN LA NIEBLA	4
PALENCIA, UN RELATO DE AUTOFICCIÓN.....	2
ENAMORARSE EN PALENCIA.....	4
¿QUÉ ES LO QUE MÁS ME GUSTA DE PALENCIA?6	
PALENCIA	8
POTENCIAR Y DIFUNDIR EL TALENTO MÁS ALLÁ	
DEL MARCO LOCAL	10
VAI E VEM.....	12
PALENCIA EN MI RECUERDO	14
DESPERTAR ES URGENCIA.....	16
ESTA ES UNA CIUDAD	17

En la ciudad

UMBRAL

Entrad en la ciudad calladamente,
tocad su corazón tocando el mío
y veréis con qué pulso, con que brio
late todo su ser, de puente a puente.

Pasead por su calles y en la fuente
de la Salud bebed su escalofrío,
haceros agua viva de su río
y corred al amor de su corriente.

Sabedla castellana, innominada,
vividla y olvidadla que habéis vivido
para que la llevéis sin que se sienta.

Como la llevo yo, tan olvidada
tan amarrada a mí por el olvido,
que la pronuncio ya sin darme cuenta.

("A orillas del Carrión")
José María Fernández Nieto

PALENCIA EN LA NIEBLA

Mirar la ciudad es mirar al hombre. Sigmund Freud dijo que, como los sueños, las ciudades también eran cumplimientos de deseos y Lacan, aún más poético, identificó el inconsciente con Baltimore, una hermosa ciudad en la quietud del amanecer (merçi, Monsieur Lacan). Leer la ciudad es entonces leer lo humano que lo funda, porque como decía Isak Dinesen, es imposible que una ciudad no desempeñe un papel en nuestras vidas. La ciudad ocupa una posición de centralidad en la existencia humana, atrae, aporta cierta identidad y es expresión evidente en el territorio de la necesidad del lazo social, de lo que interpela, de lo que despierta o duerme, que todo es posible, y de lo que orienta en el mejor de los casos. Se puede leer también como un síntoma. Se pueden también escuchar los elocuentes silencios de la ciudad y ahí a veces está su más sublime belleza.



Escribía Luis Landero en su magnífico *Entre líneas: el cuento o la vida*, que una ciudad no está del todo acabada hasta que lo escritores o los pintores no la colonizan imaginariamente. «Sin memoria, las ciudades carecerían de alma». Está la Palencia clara



y abierta de Sánchez Ferlosio en *Alfanbúi*, también abierta, un oasis en medio del trágico desierto de la Tierra de Campos, también del terrible páramo, el que se ve como un mar trágico y petrificado; es la Palencia de Miguel de Unamuno en *Andanzas y visiones españolas*. Una calle larga con un santo muerto de frío y sed, es la de Gloria Fuertes, y pequeña y blanca la de Juan José Cuadros. Castellana innominada la de nuestro José María Fernández Nieto, que nos pide que la vivamos y la olvidemos, para que así la llevemos dentro, como él, amarrada precisamente por el olvido.



No hay una ciudad real y si existe es inaccesible. Hay la de cada uno, la posible e indudable, la de los sueños, la inventada, y esta, como un amor, no se elige. Prefiero la ciudad invisible, a lo Italo Calvino, la irracional, la poética, la más romántica y hasta de ambiente gótico cuando la viste la niebla en la noche serena. No hay una Palencia tan bella como cuando se presenta así, desconocida, como su catedral, enigmática, silenciosa y un poco solitaria. Cuando rechaza la claridad y la transparencia y se oculta entre la boira castellana, esa suerte de ceguera delicada, ese abismo blanco e indescifrable. Cuando está así, es mejor no tocarla, es así la rosa.

Enrique Gómez Crespo

PALENCIA. UN RELATO DE AUTOFICCIÓN

¿Cómo puede un aficionado a la pintura desconocer la obra de Díaz Caneja? Tampoco yo me lo explico, pero sucede en ocasiones y así sucedía un día de 2017 en el que, desde el Ateneo de Palencia, se me invitaba a dar una lectura en su fundación. Recuerdo una sorpresa tremenda cuando me asomé a aquella sala repleta de obras del pintor palentino. Algo así como cuando la abuela de Emilio Botín, María Sanz de Sautuola, descubrió los bueyes de Altamira: «¡Mira, papá, bueyes!» decía la niña María, mientras que «¡mira, Constantino, la pintura!» me decía a mí mismo aquella tarde.

Desde entonces, desde aquella jornada inaugural de la nueva etapa del Ateneo, mi relación con Palencia ha sido, de una manera u otra, y sobre todo a través de Enrique Gómez y Fernando Martín Aduriz, una relación pausada pero constante. Tanto es así que, a día de hoy, sigo el pulso de la ciudad en el Instagram del Diario Palentino (ayer mismo leía que el Museo de Palencia cerraba 2024 rozando el récord de visitas de la década) o reviso su mercado inmobiliario de vez en cuando, pues Palencia es una de esas ciudades que cumplen con la regla del 100x100: pisos de 100 m2 por 100.000 €. A veces entro en Idealista y fantaseo: piso en el centro, Pasaje de los Soldados, 105 m2, dos habitaciones, primero con ascensor, 99.999 €... Tentador cuando uno vive en Madrid y, con los mismos salarios que en el resto de España, la vivienda se encuentra en otro porcentaje de esa regla bien distinto: la de un 20x100.

Entro entonces en un relato de autoficción. Me veo comprando el piso, le hago una pequeña reforma y lo dejo a mi gusto; con 100 m2 hay espacio de sobra para los libros que tanto inconveniente dan en los pisos pequeños, también paredes

suficientes para colgar algunos cuadros de buen tamaño. La cocina abierta al salón con una mesa de comedor, también generosa y dispuesta para visitas y cenas con amigos. Para esas cenas con invitados me bajaría a hacer la compra en el Gadis de la calle Empedrada, pero antes de hacer la compra me tomaría una caña en La Mejillonera.

En el día a día me veo corriendo por la orilla del río Carrión, yendo a algún ciclo de cine en la Fundación Díaz Caneja, a los eventos del Ateneo del que sería socio, comprando libros en la librería Iglesias o en la del Burgo y tomando algo en la terraza del Casino. Abro el libro recién comprado mientras tomo café y por la Calle Mayor pasa una señora elegante de mano enguantada. No sé quién será, ¿mi abuela o la reina de Inglaterra? Da lo mismo. A la noche alguna copa en el Club 38, cliente asiduo, Andy ya sabría lo que me gusta y no tendría ni que pedirlo.

Y así compongo mi relato de autoficción, aunque pienso que me falta un detalle, ¿Y el trabajo? Porque de alguna manera habrá que pagar la hipoteca, aunque sea baja. El relato continúa: la señora elegante, que no es ni mi abuela ni la reina de Inglaterra, resulta ser una mecenas que me otorga un sueldo más que suficiente para vivir y escribir a cambio de pasearle al perro todos los días y leerle cuentos de Borges tres tardes a la semana. Todo bien.

Así, de alguna manera similar a Santa Teresa de Jesús y su “vivo sin vivir en mí”, es como vivo yo en Palencia sin vivir en ella.

Constantino Molina



ENAMORARSE EN PALENCIA

Empieza a ser habitual que algún visitante en la ciudad entre en la librería buscando algún libro sobre Palencia para llevarse como recuerdo y manifieste su sorpresa por lo bonita que es esta ciudad. Esto me pilló siempre un poco a contrapié. Después de toda una vida viviendo aquí, uno tiende a ver solamente los defectos, supongo que en sentido contrario a los que visitan la ciudad por primera vez, que atienden únicamente a sus virtudes. Esto es una suerte, porque te recuerdan aquello que a diario te pasa desapercibido por culpa de la rutina, y que, sin embargo, tiene su indiscutible encanto.

Y pensar en esos lugares me recuerda un programa de radio creado por GRULA.RE., aquel grupo contracultural nacido en Palencia en 1996 y que fue el azote del establishment cultural en el cambio de siglo y en el que participé activamente. El programa se llamaba “Inventario de lugares propicios para el amor”, título tomado de un poema de Ángel González a



través del cual pretendíamos mostrar una visión alternativa de la ciudad algunos integrantes del grupo como Patricia, Jairo, o el Invex. Quizá algunos lugares hayan desaparecido, otros hayan cambiado, pero la mayoría permanecen más de 25 años después, aunque la visión ya no es ni parecida.

Por entonces, las calles, los bares, incluso las estatuas eran lugares de encuentro, para quedar, para compartir, para conocer a nuevas personas, para vivir, en definitiva. Es evidente que aún hoy eso sigue existiendo, pero el nuevo paradigma que las tecnologías de la información han implantado en todo el mundo, ha reducido eso a algo residual. Yo mismo recuerdo quedar con mis amigos en la plaza Mayor, en un lugar muy concreto, el banco situado enfrente de la cuchillería, los sábados a las siete de

la tarde, de modo recurrente. Cada sábado te acercabas a esa hora y te encontrabas con el grupo; alguna vez estábamos todos, otras veces faltaba alguno, pero no importaba, y a menudo alguien traía a una persona nueva a la que había conocido recientemente que se sumaba a la banda. Y el grupo se expandía y al mismo tiempo se contraía cuando alguien, cansado de la rutina o sencillamente porque encontraba otro entorno, dejaba de aparecer.

Eran lugares para la amistad, para compartir, lugares sin pretensiones a los que, el hecho del propio encuentro, convertía en lugares propicios para la amistad. Era el caso, por ejemplo, de la librería Amarilla. Quedar en una librería siempre tenía su encanto, aunque fuera a la puerta, en la calle. Pero siempre contabas con la ventaja de repasar los escaparates si no aparecía nadie por allí.

Y luego estaban esos lugares para esconderse, más propicios para el amor propiamente dicho. Hoy en día me sorprende escuchar a amigos de mi generación, con hijos entre los veinte y los veinticinco, que abandonan sus casas durante unas horas para que estos puedan disfrutar de intimidad con sus parejas. Me pregunto dónde ha quedado el Bosquecillo, o cualquiera de los muchos pasajes que pueblan la ciudad. Lugares donde besarse furtivamente, medio a escondidas, añadiéndole al momento la excitación de poder ser sorprendidos. Los pasajes siguen ahí, pero ya no se ve a parejas en forzadas posiciones que impiden ver dónde se encuentran las manos de cada uno, o conocer a ciencia cierta dónde termina un sujeto y empieza el otro.

Al poco tiempo de llegar a la ciudad, el actual director (sea por muchos años) de la Fundación Díaz-Caneja, Juan Guardiola, me comentaba lo sorprendente que le resultaba la existencia de tanto pasaje, pasadizo y recoveco en la ciudad. Yo supongo que se puede atribuir a reminiscencias medievales en la propia estructura urbana, que donde hubo una pequeña calle o un callejón, no se invadió por completo para mantener la servidumbre de paso, pero se aprovechó el espacio a niveles más altos. Y hablo de la ciudad medieval porque, aunque Palencia, o Pallantia en este caso, fuera una ciudad romana de una dimensión media, poco o nada ha quedado de aquello. Ni



siquiera se conoce dónde pudo situarse el Foro, aunque pueda intuirse, de si hubo un teatro, donde pudieron estar las termas o por dónde se extendía el acueducto.

Yo he escuchado mucho que la escasa conservación del patrimonio (a excepción hecha del patrimonio eclesiástico, Dios nos libre) se ha debido a la ambición de modernidad de una parte de la población. No he conocido muchas ciudades que tengan una Calle Mayor Antigua y otra Nueva. Tenemos un desarrollo urbanístico peculiar en ese aspecto, que no me parece bueno ni malo: es al que las circunstancias nos han abocado, pero continuamos sin proteger debidamente el patrimonio histórico que permanece en muchos casos bajo nuestros pies.

Yo echo de menos un plan mucho más ambicioso que el existente, que nos permita conocer en profundidad de dónde venimos, parte fundamental para saber quiénes somos. Y mientras tanto, nuestra intuición nos llama a acoger con los brazos abiertos a quienes vienen de fuera, para saber quiénes somos (quizá los que vienen nos conozcan mejor que nosotros mismos), para disfrutar de este tranquilo entorno, para tener una buena vida aquí, una buena calidad de vida, para enamorarse de Palencia o, quién sabe si también, para repoblar esos espacios escondidos, para enamorarse en Palencia.

Francisco Javier Rodríguez del Burgo



¿QUÉ ES LO QUE MÁS ME GUSTA DE PALENCIA?

¿Qué es lo que más me gusta de Palencia? No me da miedo la pregunta, sino la brevedad que se me pide. ¡Y habría tanto de lo que hablar! ¡Tanto!

Se podría hablar de la Semana Santa Palentina o de la “P” de Luis Alonso. O de la Nueva Balastera, etcétera. Pero si tengo que elegir, elijo a los palentinos, sin menospreciar todo lo demás, que es extraordinario.

Abandoné Palencia y mi hogar por motivos de estudio. Lo dejé todo atrás. Por eso, cuando regresaba a Palencia, me llenaba de alegría ¡Otra vez con mis amigos! ¡Con mi familia! Caminaba por las calles y me cruzaba con el librero, o con la bibliotecaria, con la panadera o la dependienta del mercado, con mis amigos de instituto. Miraba los bonitos escaparates de las papelerías y, lo confieso, empezaban a gustarnos las palentinas, que son particularmente bellas y elegantes. Los colegas nos juntábamos en la biblioteca para estudiar. Jugábamos al fútbolín al salir de

clase y veíamos los partidos de la liga. Algunos eran del Barsa y otros éramos del Madrid, pero ante todo éramos amigos. Lo pasábamos en grande subiendo con la bici el caracol que iba al monte y terminábamos bañándonos en las piscinas. Solíamos ir a correr y nos picábamos: todos queríamos llegar el primero. También empezábamos a salir por las noches e intentábamos ligar.

Pero las vacaciones se acababan y tenía que volver a dejar Palencia con gran melancolía, soñando al irme en regresar a mi

querida ciudad. Hay ciudades maravillosas en España y fuera de España. Pero es en Palencia, y no en ningún otro lugar, donde he echado raíces. Es aquí donde estoy en casa. Donde todos nos conocemos y nos saludamos mientras paseamos por la Calle Mayor. Una pequeña ciudad tranquila y segura llena de gente buena y de valía.

Vicente Gallardo



PALENCIA

Es mi recuerdo roto y entero, la ciudad inventada y conocida después de crecer, de haber tenido mis primeras vivencias lejos, pero también es mi ciudad escuchada, en ella nací en el corazón de la urbe en un edificio enfrente de la Diputación. Mi madre y mis hermanos me contaban historias de cuando vivíamos allí.



Así que me pongo a recordar aquellos días de infancia, espero que mi memoria no me traicione y si lo hace tampoco es grave, la imaginación infantil siempre es creativa y aporta situaciones oníricas, y es posible sublimarlas con fantasía.

Y siempre estará unida a mi abuela Águeda, con la que pasaba unos días cada verano, hasta que cumplí dieciséis años, cuando ella nos dejó. En mis días de vacaciones con ella yo me sentía una princesa, toda su atención era para mí durante todo el día. Me llevaba a los jardines del Salón donde podía jugar con otros niños. Me gustaba mucho ir a ver el Canal de Castilla, me imaginaba los barcos navegando, aunque no me lo creía del todo... y también a los jardinillos de la estación, donde jugaba a la tanga.

Y me encantaban los soportales de la calle Mayor, donde disfrutaba con las tiendas tan diferentes una de otra y me parecía que vendían cosas muy distintas a las de las tiendas de otras ciudades. Estas tiendas de Palencia para mí eran las más bonitas que había visto nunca.

Y me llevaban a misa a la iglesia de San Lázaro, para que viera la pila bautismal en la que me bautizaron.

Pero en los años 70 y 80, cambió todo y comencé a vivir Palencia, a mi manera, por y a través de mi profesión.

En el año 1987 hice una exposición en las salas del

Ayuntamiento, la primera en Palencia, dentro de los actos de homenaje a don Ramón Carande.

Percibí la ciudad entera como si fuera un capítulo de mi vida muy importante, mi mirada era otra y todo me parecía nuevo. La recorrí con paso firme y busqué rincones que me sirvieran de referencias del pasado y para mi futuro. Buqué todos los lugares de mis recuerdos infantiles para mirarlos y registrarlos en mi corazón nuevamente. Aprecié y valoré todo lo que ofrece una ciudad pequeña, pero llena de lo que me entusiasma. El silencio, el tiempo que se vive más alargado, la luz especialmente matizada al amanecer, el gran río que considero característico de las grandes ciudades europeas, divisar el paisaje castellano a unos metros del centro con el viento meciendo sus campos dorados, de nuevo los soportales de la calle Mayor, apreciando constantemente la variada arquitectura, las iglesias y la catedral, nuestra Bella Desconocida que ahora es "La Bella Reconocida" una de las catedrales más preciosa que podemos visitar, y que en la actualidad, tenemos el privilegio de verla en todo su esplendor y su cripta visigoda de San Antolín.

Pude visitar la Iglesia de Santa Clara y ver al Cristo Yacente, que de pequeña me daba miedo...

Conocí a todas las personas que gestionaban la cultura en esos años, y continuamente cuando he celebrado en diferentes años exposiciones de mis obras, la vida cultural que existe en Palencia. Viajé en varias ocasiones con Juan Manuel Caneja e Isabel en la etapa que se estaba proyectando la Fundación Díaz Caneja. Con ellos conocí y frecuenté los cafés cercanos a la plaza Mayor y pasé buenos ratos hablando con él de Victorio Macho, del homenaje a Jorge Manrique y del Cristo del Otero.



Y ya está la sede Fundación Díaz Caneja, con una preciosa colección de sus obras, que recorre toda su trayectoria, y contiene algunos objetos y utensilios profesionales de su uso diario como su caballete.



Y el encanto de los palentinos. Es gente auténtica y educada. Cada vez que voy lo compruebo y todos los que conozco me hacen sentirme muy bien allí, y añado desde mi nostalgia, que me corresponden en afecto y reconocimiento. También tengo el recuerdo y la realidad de su gastronomía, ya sabemos todos que es una referencia evocadora de nuestros primeros placeres que perdura durante toda nuestra vida.

Queda claro que llevo en mi corazón a Palencia.

Águeda de la Pisa



POTENCIAR Y DIFUNDIR EL TALENTO MÁS ALLÁ DEL MARCO LOCAL

Como palentino de nacimiento y de vida, tengo una mirada agradecida sobre mi ciudad, en la que siempre he residido, salvo tres años que trabajé en Madrid. Es Palencia, o al menos así la vivo yo, una ciudad amable, de un tamaño que permite caminarla, llena de zonas verdes y rodeada de espacios naturales. Como capital de provincia goza de cierto número de servicios y, dada su ubicación geográfica, se encuentra bien intercomunicada.



Representación de la obra Asier Aparicio, Pan Duro. Imagen cortesía de de Asier Aparicio

Desde que finalizó la llamada “Reconquista”, Palencia pasó a ser una ciudad de “tercera”, en expresión del siglo XIX. Su escaso peso político y económico, ha hecho que no seamos una ciudad “referente” o “pionera”, salvo en algunos episodios aislados. La propia ciudadanía palentina, a veces, ha convertido esta situación en una “desvalorización” de nuestra ciudad, reconociendo más las creaciones foráneas que las propias. Y, si bien es cierto que casi nunca hemos liderado, como ciudad, proyectos interesantes, no por ello podemos convertir esa situación en seña de identidad de sus habitantes.

Cierto es que muchas de las “cosas” que disfrutamos en nuestra ciudad, nos han venido de fuera, en forma de inversiones, que nunca hubiéramos podido acometer por nosotros mismos: ferrocarriles, autovías, empresas, dotaciones, etc. Como capital de tercera, hemos tenido que esperar nuestro turno, aunque la ciudadanía reclamase con celeridad algunos de estos elementos. A nadie se le escapará que el soterramiento del ferrocarril no se

ha hecho realidad porque no lo queramos los palentinos, sino por esta condición de ciudad con poca incidencia y de escaso tamaño a la que cualquier gobierno puede ningunear. Si por “nosotros” fuera, el soterramiento estaría hecho desde hace tres décadas, al menos.

Que Palencia tenga poco peso y relevancia, no supone que la ciudadanía no esté preparada o capacitada para afrontar y liderar retos y proyectos. Qué más palentinas/os destaquen en el panorama nacional o internacional, no se deriva de su falta de preparación, capacitación, creatividad o ingenio, sino del lugar en el que nacemos. No diré que la ciudadanía palentina sea más que las demás, en un alarde patrio, simplemente, igual que el resto, ni más ni menos.

Nacer o vivir en una gran ciudad, con múltiples recursos, ofrece más oportunidades y posibilita un reconocimiento mayor. Sin embargo, curiosamente, existen ciudades pequeñas que lanzan personas y proyectos a escala nacional o internacional, de una manera habitual, como si fuese normal en ellas ser cuna de artistas, escritores, científicos, etc. Cabe preguntarse por qué muchas/os palentinas/os no destacan o para hacerlo tienen que salir de la ciudad.

La respuesta podríamos encontrarla en el gran déficit de nuestra ciudad. Por un lado, su pequeño tamaño permite que cualquier persona se dé a conocer en el ámbito local con cierta facilidad. Por otro, esa “cercanía” de una ciudad pequeña, en la que vulgarmente se afirma que todos nos conocemos, también agita la rueda de amiguismos y favores que, en algunas ocasiones (y remarco lo de algunas) dan más pie a la mediocridad que a la excelencia.

Pero lo que realmente falta son estructuras y apoyos que permitan la proyección de nuestra ciudadanía. No se trata de reivindicar a las/os palentinas/os por el hecho de serlo, sino de impulsar y difundir, de dotar de medios y recursos para que puedan saltar del marco local al nacional, para que no sean conocidos simplemente aquí, sino también fuera. Si Palencia quiere conservar su talento, tanto a nivel cultural y científico, tiene que pensar a partir de qué medios, proyectos e inversiones puede no sólo retener, sino también visibilizar el talento local más allá de la ciudad.

Pienso en personas como Miguel Sánchez y el equipo con el que trabaja, implicado en nuestra tierra, sus valores y tradiciones. ¿Cómo conseguir y apoyar que sus proyectos tengan un mayor peso -que algunos ya lo tienen- en el panorama nacional? ¿Cómo ayudamos, -y no con calderilla- a que puedan desarrollar todo su potencial y alumbrar obras capaces competir de igual a igual con otras producciones? Pienso también en Asier Aparicio, un grandísimo escritor de novelas y teatro, multipremiado fuera de nuestra provincia. Que su obra *Pan Duro*, que narra un hecho fundamental de nuestra historia local, y que además tiene carácter universal, no cuente con un apoyo para ser exhibida por toda España, me resulta incompresible. ¿Cuántas obras de menos “sustancia” recorren nuestra geografía y abarrotan teatros, sólo porque las representan “caras conocidas”?

Y la lista podría ampliarse, no sólo en lo cultural, sino también en el científico-tecnológico (en el que discúlpenme, no estoy tan al tanto). Por eso, si algo echo de menos, en mi amada Palencia, es la falta de compromiso con el talento de su ciudadanía, para que pueda rebasar el marco local y siga creando desde aquí. Y, no como ocurre en la actualidad, que reconocemos a “nuestras/os hijas/os”, cuando ya son emigrantes y se han

abierto camino sin la ayuda y apoyo local, y no precisan de reconocimientos patrios.



Grabación del documental Comuneros. Imagen cortesía de Visual Creative.

Este proceder se puede hacer también efectivo a actos festivos y tradicionales. No hay más que contemplar la televisión, escuchar la radio, o leer la prensa, para ver exaltadas tradiciones populares de otras localidades, presentadas como únicas: ¿por qué nunca aparecen algunas celebraciones, locales o provinciales, como la pedrea del pan y el queso que tienen tanto de peculiar, como la tomatina de Murcia? ¿por qué unos puerros asados, los Calçot, adquieren presencia nacional en los medios y la fiesta del pimiento de Torquemada es desconocida salvo “para los de aquí”? Personalmente me resulta incomprensible, y no es válido el argumento de que esas fiestas tienen una fama que no tienen las de aquí, porque precisamente eso es lo que reclamo, que seamos capaces de “crear esa fama”.

Si no nos lo planteamos, colectivamente: ciudadanía, prensa, empresas y comercios, asociaciones, ...; pero especialmente las instituciones con recursos y contactos, creando estructuras de potenciación, difusión y consolidación del talento local, seguiremos viviendo esta sangría emigratoria de algunos y la permanente irrelevancia, más allá de los límites locales, de otros.

Aunque Palencia es una ciudad amigable, atractiva para vivir, no podemos ni debemos seguir alimentando esa imagen de insignificancia y deberíamos comenzar a reconocer y potenciar todo lo bueno que alberga esta ciudad.

Fco. Javier de la Cruz Macho

VAI E VEM

Diría que las palabras que vienen son fruto del traqueteo de un manso tren que solía acercarme a paso lento a esta ciudad después de dejar atrás la verde y sinuosa tierra de la que vengo. No sé a dónde van, pero voy a dejar que jueguen.

Después de atravesar esas llanuras de cielos inabarcables, la ciudad se presenta seria y noto una inquietante escasez de callejuelas perdidas. No tardo chocar con ese silencioso *Vai e*

*Vem*¹ de la calle Mayor que, acompasado por el crorotar de las serenas cigüeñas, produce una embriagadora brisa.

Sin posibilidad de pérdida, es difícil escapar de los reflejos que llevan siempre al mismo lugar. *Vai e Vem*, la ciudad parece hipnotizada por el canto de una sirena que no logro localizar.

Alargo el paso, parece que a las hojas no les importa borrar el camino. El río dice turbio, no guía, quizás haya algún

1.- (*Vai y Vem*) Tomo el título de la última película (2003) del cineasta portugués Joao Cesar Monteiro.

resquicio, una ruta desconocida y bella, algún lugar donde se reciten versos y una gárgola te haga fotos a la salida.

Hay nieve en las montañas, el románico no miente, no importa el frío. Se oyen aplausos y un saludo colorido. Quizás acá no estén aún dormidos.

Llega la noche para despertar al día. Creo que me he perdido. La ciudad parece otra, sus calles vacías no engañan y lucen las ausencias sin nostalgia, se abre espacio para lo nuevo. Alguien ríe a carcajadas mientras habla con la torre, esta le responde amable. A nadie le inquieta, hay locura y permanece a salvo.

Por allí se escucha bullicio y asoma el vino, creo que hablan de Truffaut y de no sé qué sinfonía, el círculo no es cerrado, me alegro de haberme perdido.

Puedo acortar el paso, ya nace un nuevo día. A lo lejos algo se agita, un rayo atraviesa las nubes y proyecta su filmografía en las fachadas. Huele a churros y un ligero viento del norte despabila. En la cola alguien dice “hijo” y vuelve a su libro.

La brisa cambia, un aroma a café sortea a los chopos, caen unas gotas limpias, las palabras dejan de jugar y cuatro gotas más pueden con la morriña.

Suso Pol



PALENCIA EN MI RECUERDO

Recibo con agrado la petición de poner por escrito mi visión de Palencia. Y me encuentro en una particular situación al respecto. Voy a Palencia cuantas veces puedo; unas veces porque tengo que hacer allí algo concreto, otras veces de camino a Saldaña. Pero, por desgracia, no vivo allí de continuo, lo que dificulta una visión real, cierta, cercana, fundada. Podría obtener datos y más datos en la red, o en la Wikipedia, o en publicaciones de diversa naturaleza, y elaborar con ellos un relato. Sería una descripción técnica y fría, no una visión personal expresada desde el sentimiento. Así que, con vuestro permiso, he considerado más oportuno abrir el baúl de los recuerdos, sabiendo de antemano lo que voy a encontrar en él: una visión nostálgica de unos años dichosos.

Venía yo de terminar el bachillerato que entonces se llamaba elemental en el instituto de Saldaña, en una modalidad laboral (agrícola-ganadera, en concreto) correspondiente al entorno; lo había combinado con el internado en el colegio que los Padres Combonianos, alemanes de procedencia, habían implantado allí. Así que el bagaje resultante no podía ser más amplio: distinguía los cultivos y las razas animales y manejaba con soltura el latín y el canto gregoriano. Era, no obstante, obligado, si tenía el horizonte universitario en mente, acceder al bachiller superior y eso solo podía ser en la capital, en el Instituto, único entonces, Jorge Manrique. Y fue una suerte.

Llegué en septiembre de 1966, al comienzo del curso 66-67, y durante los tres cursos siguientes, hasta junio de 1969, hice el recorrido obligado: 5º, 6º y Preu, en la rama de Letras. Estaba a patrona ahí mismo, en la calle Santa Teresa, un poco más allá del Ateneo, de manera que lo primero que veía cada mañana, al abrir la ventana, era el ábside de la catedral. Y también cada día, calle Barrio y Mier, calle Mayor de punta a punta, el Salón y el Instituto. Una y otra vez. Nada estaba peatonalizado, a los lados de la calle Mayor, sobre todo hacia el río, se conservaban casas y bares de época, y a lo largo del interminable soportal, o en la acera de enfrente, arriba y abajo de los Cuatro Cantones, aquellos comercios que seguirán en el recuerdo de tantos, y la Ferretería Pollos en lugar noble, y el Café Palentino, y el Casino, y El Diario Palentino (todavía El Diario-Día, según lo gritaba el vendedor en una esquina). Y tantas otras cosas que pongo en su sitio con la imaginación cada vez que hago ese recorrido que se me ha hecho entrañable.

El Jorge Manrique, porque se le llamaba así y todos sabían que era el Instituto, está en lugar preferente de mis recuerdos más gratos. Tenía un prestigio bien ganado y allí encontré, además de muy queridos compañeros y compañeras de clase (¡ay!, cuántos huecos ya en la fila), excelentes profesores, a algunos de los cuales no puedo por menos que citar. Así, a don Simón y doña Orenca, una pareja sublime entregada a las



lenguas clásicas; o a don Eduardo, profesor de francés, que ya nos hacía intuir que existía Le Monde (en la doble acepción, claro); o a don Prudencio, filósofo, y don Evilasio, historiador, que hacían un milagro pedagógico en cada hora de clase; o a don Zacarías, que es una injusticia que no esté proclamado santo; o, en fin, a don Jesús Castañón y doña Angelines, que me hicieron tomar gusto por la literatura, leyendo y escribiendo con avidez, en aquel alarde juvenil que era la “tertulia literaria”, de cada año por Santo Tomás, publicada luego en cuadernillos que conservo como oro en paño. Y, cómo no, el coro que regentaba mi ilustre paisano, don Andrés Moro, con quien acudimos a competiciones musicales con digno resultado.

Visto ahora, hubiera deseado que aquel Bachiller Superior tuviera duración indefinida. Les digo a mis nietos que en los años 60 venir de Saldaña a Palencia tenía para un joven de 15 años un impacto tan grande o mayor como el que hoy tiene ir a hacer un Erasmus a Francia, un Máster a Estados Unidos. Si mal no recuerdo, creo que, hasta esa edad, y por ese motivo, no había salido del pueblo, más que en alguna excursión circunstancial. Pero Palencia era una ciudad tranquila, una de aquellas capitales de provincia de la España interior en las que la vida transcurría en calma. El censo oficial de 1960 arrojaba 48.216 habitantes de derecho y el de 1970 contabilizaba 56.816. La ciudad terminaba por el norte poco más allá de los Jardinillos de la estación y por el Sur poco más allá de la Fábrica de Armas.; el extrarradio eran el barrio del Cristo, por la vía del tren, Allende el Río, por el río Carrión. Empezaba a planearse alguno de los polígonos que luego se convirtieron en populosos espacios urbanos.

Pero toda la vida, toda, transcurría en la aalle Mayor; día a día, de arriba abajo y de abajo arriba; yendo y viniendo, cada mañana a las obligaciones y cada tarde a pasear, sabiendo que te encontrarías con quienes querías encontrarte. Y a las homilías del Padre Torres en san Francisco, y al cine de los dominicos en san Pablo, y a las primeras convivencias en san Lázaro. Y a ver lo que pasaba, porque todo se sabía enseguida, oyendo en la radio aquel informativo local que se llamaba el Cimbaillo, o echando un ojo a la portada del Palentino; ya fueran los pavorosos incendios que por entonces se ensañaron con la Diputación o con san Miguel, ya fuera un acontecimiento festivo, musical o deportivo.

Así, más o menos, fue aquel tiempo y aquella circunstancia. Visto ahora, con la distancia que va poniendo la vida, ya tantos años después, es justo reconocer que para muchos de nosotros allí empezó todo; allí empezamos a tomar conciencia de tantas cosas que pasaban aquí y fuera de aquí, del mayo del 68, de las primeras canciones de protesta, de las primeras obras de teatro y las primeras conferencias que decían algo nuevo. Ya lo dije al principio, esas calles, esos lugares, esos espacios que identificamos como propios, son la materia esencial e insustituible de unos recuerdos sin los que no podríamos entendernos a nosotros mismos. Así que mi visión de Palencia es eso, una nostalgia entrañable, un entorno agradable, en el que creo poder decir que fui razonablemente feliz y con el que mantengo una fuerte relación de identidad y de pertenencia.

Jesús Quijano González

DESPERTAR ES URGENCIA

Las ciudades que despiertan, lo hacen con un ojo abierto y con la piel tensa ante lo imprevisto. No son ciudades que eviten el descanso, sino que se resisten a la somnolencia de la conciencia. La somnolencia no es simplemente falta de movimiento, es una forma de anestesia, un estado en el que ya no se desea ver más que el horizonte cotidiano. Es el hábito de caminar por las mismas calles, repetir las ideas, confiar siempre en las mismas respuestas. Existen ciudades que se han rendido a la repetición como dogma, lo nuevo es recibido con sospecha y lo diferente es etiquetado como amenaza. Son ciudades que no tienen noche ni día, no hay grietas en su rutina.

La ciudad que duerme puede parecer estable, pero esa quietud es miedo a perder “lo ganado”, a cambiar de rumbo o a ceder espacio. Y en ese miedo se encapsula, se protege y se marchita. Me niego a pensar que Palencia es una de estas ciudades. Palencia no solo es una, Palencia es una cada vez, es una diferente, según quien la viva. Si Palencia fuera una ciudad donde todo va quedando en silencio, y no un silencio fértil que preceda a la creación, sino uno espeso y resignado, no sería la ciudad que ven y que viven muchos palentinos.

En las ciudades que duermen, las paredes están llenas de historia, pero una historia que se usa como un abrigo viejo, no como mapa. A la juventud se la mira como si fuera un error del calendario. Los jóvenes se van, se han ido, o peor aún, se quedan, en silencio. Aprenden pronto que es mejor no molestar, no incomodar, no intentar, porque la vitalidad desordena. Y entonces, nos convertimos en espectadores de una ciudad dormida por su falta de deseo. A veces se nota, en los rostros que no preguntan, en las manos que no aplauden y en las piernas que no se levantan. En estas ciudades, se recuerda más de lo que se imagina y se conserva más de lo que se transforma. A veces Palencia es esta.

Pero existen otras ciudades.

Palencia también puede equivocarse, puede cansarse, pero puede estar siempre viva. Aquí, el presente es una criatura inquieta que empuja las puertas aunque nadie la haya invitado.

En las ciudades despiertas, hay una mezcla de vértigo y asombro, también hay desacuerdo. En sus plazas puede verse a un anciano que escucha al joven para aprender, y este puede hablar sin que le pidan una biografía completa. En sus calles, el arte no es solo ornamento, es respiración. El arte es pan, no lujo, los poetas no son reliquias, sino faros, y los cafés son laboratorios, no mausoleos de lo conocido. En ciudades que despiertan se dejan ventanas abiertas.

Despertar no es tarea sencilla, es aceptar que las certezas se tambalean y que lo conocido puede ya no servir. Requiere incomodarse con las respuestas de siempre, y arriesgarse a ensayar otras. Pero hay algo profundamente humano —y profundamente urbano— en esa inquietud.

Son raras estas ciudades, pero existen. En ellas, no solo se abren las puertas a los jóvenes: se les dan las llaves, se los invita a cambiar la decoración, y la escena. Las habita la mezcla, el cruce, el amor al cambio. Allí se puede oír cómo la lengua del otro se vuelve propia al ser escuchada y el gesto del extranjero no es amenaza, sino espejo. A veces todo esto son ciudades enteras, o quizás, solo alguna calle. Palencia duerme si duerme quien la habita. Aún hay esquinas donde algo se cuece, y cada vez más plazas no caen en la parálisis decorosa del que cree que ya todo está dicho.

Ángela Argüeso



ESTA ES UNA CIUDAD

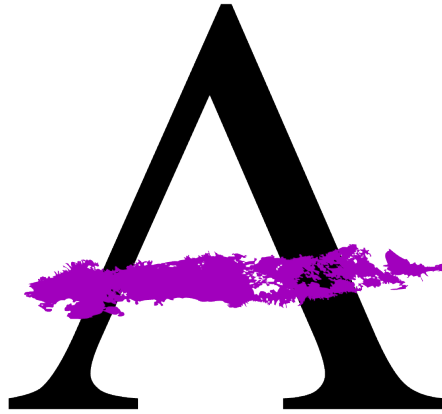
Esta es una ciudad como cualquiera
de las que ven la luz cada mañana
oyendo cómo toca la campana
gozosa y sin embargo prisionera.

Cuenta en río su tiempo, en primavera
su gozo y en otoño su desgana
y antes que palentina es castellana
porque así es más difícil que se muera

Una ciudad tendida en la meseta,
donde la vida pasa sin sentirla
y la muerte se siente sin pasarla.

Una ciudad con alma de poeta.
¡Que para comprenderla hay que vivirla
y hay que morirse un poco para amarla!

("A orillas del Carrión")
José María Fernández Nieto



ATENEEO de PALENCIA

CIENTÍFICO · LITERARIO · ARTÍSTICO

